

La mujer es una bella poesía traducida en pura prosa.

Dios sabe adónde puede llevar una mujer el egoísmo de sus vanidades, y, de la misma manera, es insondable el egoísmo de su ternura.

Mas hagamos punto, porque nos esperan á la vuelta de la hoja los dos grandes poderes que han tenido siempre revuelto al mundo, y en los que encontrará el lector manos á boca el complemento de estas cuatro pinceladas.



LA HERMOSURA Y LA RIQUEZA

I.

TENEN los diamantes la opulenta cualidad de atraer y de reflejar la luz, lanzándola á los ojos en continuos relámpagos de vivísimos colores; parece que esta piedra preciosa, súbitamente incendiada por la explosión de un fuego oculto, arroja en todas direcciones llamas fugitivas de resplandores rojos, amarillos, verdes y azulados. La luz se complace, se recrea en coronar con sus rayos las facetas del diamante, como si se sintiera impulsada por una atracción irresistible, y textualmente se deshace al tocarlo.

En este movible y continuo esplendor de luces y colores, y en la pureza, digámoslo así, de sus aguas de fuego, consiste todo el secreto de su mérito. Verdadero secreto, puesto que, reservándose la naturaleza el privilegio exclusivo de fundir los

diamantes, es para el hombre un misterio impene-
trable el enigma de la claridad y de la dureza de
tan raras cristalizaciones.

Como si hubiese querido perpetuar el valor de
las piedras preciosas, nos ha negado la facultad de
reproducirlas; no nos permite ni siquiera copiarlas.
Y aunque no es obra de nuestras manos, ni pro-
ducto de nuestra industria, ni invento de nuestro
ingenio, con el que habríamos obtenido la admira-
ción pública en las Exposiciones universales, es lo
cierto que nos vemos obligados á reconocer los qui-
lates de su valor y la perfección deslumbradora de
su espléndida belleza.

La luz del diamante, que centellea á nuestros
ojos, se hace dueña de nuestras miradas, dejando
escapar de su seno resplandeciente inagotables ra-
yos, en los que relampaguean todos los colores del
arco iris.

Nos atrae como el imán al acero, como el vacío
al aire, como atrae la muerte á la vida. No es fácil
evadirse del imperio de sus atractivos, porque des-
lumbra, alucina, y á fuerza de luz nos ciega. No
podríamos explicar fácilmente cómo en un cuerpo
tan pequeño se encierran todas las atracciones del
abismo.

Los diamantes son las flores de la opulencia, las
estrellas que iluminan el cielo del lujo, y nada hay
que decir contra la legitimidad de su imperio;
cuentan con toda la fuerza del derecho propio, pues
sólo á la naturaleza le deben el secreto de su poder, y

cuentan al mismo tiempo con la sanción universal,
en la que todos les rendimos pleito-homenaje. Mas
nada hay tan superficial como su brillo fantástico,
nada más frío que el esplendor de sus reflejos, en
los que parece que la misma luz se hiela, y nada
habría más duro que el corazón de un diamante, si
pudiéramos decir que había en ellos corazón alguno.

II.

Pues bien: en la gran joyería del mundo, ¿no
habéis encontrado nunca piedras humanas, en las
que la naturaleza y la fortuna se han complacido
en reunir el doble atractivo de la belleza y del
lujo?

La celebridad de estas preciosas criaturas, ¿no
ha despertado nunca vuestra codicia? ¿No habéis
sentido alguna vez el deslumbramiento que causa
el fausto de sus sonrisas, la opulencia de sus mira-
das y los resplandores de su riqueza?... ¿No las
habéis admirado nunca?... ¡Imposible!

Lo mismo que los diamantes, atraen hacia sí la
luz con que brillan, y las miradas que las rodean
forman en torno de ellas la aureola fugitiva de su
gloria; no es fácil sustraerse al influjo de esas her-
mosuras victoriosas; y la fama, cortesana de todo
brillo, por fugitivo que sea, extiende sus nombres
por todas partes, y muchas veces nos vemos obli-
gados á admirarlas sin conocerlas.

De todas las vanidades que tienen cabida en el

corazón humano, hay dos que causan grandes estragos en el alma de las mujeres: la vanidad de la hermosura y la vanidad de la riqueza.

Allá, en el fondo misterioso del pensamiento, oyen una voz continua y secreta que les dice de continuo: «Sé hermosa», «sé rica». El mundo, como un eco incansable, les repite por todas partes las mismas palabras, y nosotros, rindiendo al amor un culto á la vez mercantil y pagano, sólo damos nuestra admiración á la belleza de Venus y á los tesoros de Creso.

Nada más natural que busquen en la belleza y en el fausto el secreto imperio con que dominan, si no sobre nuestros corazones, á lo menos sobre nuestros sentidos.

En honor de la verdad, sería una exigencia excesiva pretender que renunciasen á los medios más seguros de seducción. La modestia, la humildad y la pobreza, son sin duda virtudes á las que conservamos todavía cierto respeto; pero la virtud no es lo que más brilla á la luz de nuestro siglo. La arrogancia de la belleza y el brillo del lujo es lo que verdaderamente causa en nuestros ojos la fascinación que produce el diamante.

No podemos negarle á nuestra época su especialidad industrial y su competencia mercantil; mas estos dos elementos de la civilización moderna serían insuficientes para el consumo de nuestras necesidades, si no hubieran alcanzado la prodigiosa facultad de abrir á la especulación de los hombres

los ocultos caminos de las fortunas rápidas, y á la celebridad de las mujeres la caja encantada de las bellezas súbitas: ó, lo que es lo mismo, los secretos del tocador y los secretos del negocio.

III.

Si todavía hay quien vive en la escasez de la pobreza, malgastando sus fuerzas en las angustias del trabajo; si hay todavía mujeres que conservan en sus semblantes las incorrecciones ó los descuidos de la naturaleza ó los estragos del tiempo, bien puede decirse que es por pura indolencia ó por culpable desidia.

La fortuna y la belleza están realmente al alcance de todos. Hay una mina, mejor dicho, una gran bolsa, en la cual todos podemos meter la mano, enriqueciéndonos de la noche á la mañana; hay específicos maravillosos que ofrecen á las bellezas más dudosas encantos inagotables y el risueño beneficio de una juventud perpetua.

En papel y en cosméticos encuentra la vanidad las vivas satisfacciones de la hermosura y de la riqueza, los encantos de Venus y los tesoros de Creso.

Se dirá que son bellezas de pura perspectiva, fortunas verdaderamente fabulosas, que se desvanecen con la misma facilidad que se fraguan; bellezas y fortunas que, semejantes á los caminos de hierro y á los telégrafos, hay que recomponerlas diariamente. Mas entretanto, la fascinación se ejerce,

y, por el momento, el efecto es el mismo, porque tal es la virtud especial que encierran los secretos del tocador y los secretos del negocio.

Antes que la mujer deje de ser niña, empieza á sentir hacia las lunas de los espejos una inclinación particular, que conserva toda la vida. Donde quiera que encuentre ese pequeño abismo en el cual todo es superficie, allí se clavan sus ojos con incesante empeño, arrastrados por el secreto impulso de un poderoso atractivo. Cualquiera diría que ve en el fondo del cristal mundos desconocidos, panoramas interminables, paisajes sin límites, cuya contemplación absorbe sus miradas; pero ya sabemos que los espejos sólo reflejan la imagen que se les pone delante, y las mujeres no buscan en ellos más que el reflejo de su propia imagen.

En estas citas tácitas que se dan á sí mismas, parece que se examinan, que se espían, que se estudian. Aunque generalmente ignoran la máxima *Nosce te ipsum*, puede presumirse que el espejo es el libro siempre abierto en que aprenden á conocerse. El sabio cuenta sus ideas, el general sus soldados, el banquero sus millones; las mujeres cuentan en el espejo el número de sus encantos, como quien mide la extensión de su talento, de su fuerza y de su fortuna, para imponer á los demás el yugo de su imperio.

Su primer deseo, y acaso el único, es agradar. ¿Será esto una debilidad?... Sin duda; mas debe advertirse que en esa debilidad consiste toda su fuerza.

La primera vanidad que sienten es la de la hermosura: la belleza es, digámoslo así, su atmósfera.

Una mujer hermosa, ó que pretende serlo, es una piedra preciosa que Dios sabe lo que vale, y que nosotros no hemos apreciado bien todavía lo que puede costarnos.

Por grande que sea la pureza de un diamante, permanecería ignorada si la luz no se tomara el trabajo de descubrirla. ¡Cuántas mujeres, realmente bellas, viven y mueren desconocidas porque los resplandores del lujo no han llegado á iluminarlas!...

IV.

De la vanidad de la hermosura pasan naturalmente á la ambición de la riqueza, y cada una, según el convencimiento que tiene de su mérito personal, justiprecia previamente el valor de sus encantos, para tomar la parte correspondiente en la subasta pública del amor legítimo.

Debemos suponer con algún fundamento que casi todas las mujeres sueñan en los primeros años de su juventud con la imagen indecisa de un hombre desconocido, y es también presumible que esta visión ideal, y, si es posible decirlo así, abstracta, ha de aparecer adornada con las más raras ó con las más caprichosas perfecciones.

La imaginación es un lienzo siempre dispuesto á recibir las creaciones de nuestros deseos, y los deseos son excesivamente amables, y tienen la condescendencia habitual de pintarnos siempre las cosas á nuestro gusto. Apolo ó Júpiter, Morfeo ó Hércules, ello es que ha de ser un hombre hasta cierto punto extraordinario el héroe de esta primera novela de la vida.

Mas este capricho, esta ambición de los primeros deseos, comienza poco después á cambiar de aspecto: la ilusión pretende tomar contornos positivos, y Apolo ó Júpiter, Morfeo ó Hércules, van poco á poco convirtiéndose en Crespo.

Si me fuera posible llevar á cabo un análisis minucioso, encontraríamos en el corazón de las mujeres juiciosas de nuestros tiempos la imagen de un hombre, pero de un hombre millonario.

Cada época tiene su tipo; pasaron los tiempos de los héroes, de los genios y de los sabios: el tipo de la Edad Media es el Cid; el tipo de nuestros días es cualquier banquero. De esta adoración tributada al oro por la edad presente no ha podido librarse la índole impresionable de las mujeres, y buscan, en cambio de sus atractivos, los bolsillos más anchos, más hondos y más llenos.

Indudablemente, semejante comercio entre la hermosura y la fortuna no es tal vez una especulación ilícita; pero en el fondo de estas transacciones puramente mercantiles será difícil encontrar otra cosa que un negocio: una mujer que vende su ju-

ventud y su belleza á *perpetuidad*, y un hombre que la compra en *usufructo*.

Si poseéis esa triste filosofía que nos conduce á buscar el móvil oculto de las acciones humanas, encontraréis, en el fondo de todas las historias que la crónica escandalosa divulga, la doble causa de estas dos vanidades: la vanidad de la hermosura, y la vanidad de la riqueza.





UN BOCETO

HAY una escuela ó una secta, ó por lo menos una teoría filosófica, que, fundándose en la observación de que las sensaciones no están en los cuerpos que las producen, sino en los órganos que las reciben, ha sacado por consecuencia que nada tiene en el mundo realidad efectiva; que todo está reducido á meras apariencias.

El color es como una superchería de los ojos.
La música, una mera adulación de los oídos.
Los perfumes, recreos imaginarios del olfato.
El sabor, una engañifa de nuestro paladar.
Y la aspereza y la suavidad, puras embusterías del tacto.

El dolor que experimentamos al chocar violentamente cualquiera de las partes de nuestro cuerpo con otro cuerpo extraño, es, hasta cierto punto, una

quimera; y si apuramos el razonamiento, vendremos á parar en que sentimos el dolor, permítaseme la desvergüenza, porque nos da la real gana de sentirlo.

No se les concede á los cuerpos más cualidad propia que la de la extensión, y todas las demás circunstancias, digámoslo así, que en ellos advertimos, es puro trampantojo.

En nuestros órganos está exclusivamente el secreto de toda esa fantasmagoría de sensaciones con que los objetos nos engañan, merced á la traidora connivencia de nuestros sentidos.

Sacando estas averiguaciones científicas de las altas regiones especulativas de la filosofía, y trayéndolas á este mundo en que vivimos los simples mortales, podremos advertir la variedad de engaños con que llenamos de atractivos la tristes soledades de la vida, para caminar alegremente por las asperezas de este valle de lágrimas en que hemos nacido.

Se acusa á nuestro siglo de ser ferozmente positivo, horriblemente despreocupado, y como ninguno tenaz en el empeño de extraer y exprimir la substancia real de todas las cosas.

Parece que desdeña las ficciones de la poesía, las ilusiones estéticas del arte, las fantásticas creaciones del ingenio. No es un siglo heroico, ni un siglo pastoril, ni un siglo caballeresco, ni un siglo religioso; es, digámoslo así, un siglo científico, que todo lo analiza, que todo lo descompone, que

todo lo explota; es el siglo del tres y dos son cinco.

He dicho que es un siglo científico; y debo advertir que esta calificación sólo le corresponde en el sentido de haber aplicado la ciencia á la industria.

Pues bien: si es así en el fondo, en su aspecto hay algo de teatral, mucho de relumbrón, bastante de bombo y platillos; si bien se mira, no es oro todo lo que en él reluce, y es bastante más el ruido que las nueces.

Pero no es mi propósito en este instante entretener el ánimo del lector descubriendo á sus ojos deslumbrados las vanas apariencias de gloria, de prosperidad y de civilización con que se viste nuestro siglo. Estamos, y he aquí la única realidad que en este punto descubro, presenciando una gran comedia, y sería una crueldad desvanecer la ilusión de los espectadores, advirtiéndoles que los personajes que la representan son meros comediantes, pura ficción sus palabras, sus acciones y sus sentimientos, y mentirosa perspectiva el pomposo lujo del aparato escénico.

Mi intento es únicamente advertir que este siglo, tan positivo y tan práctico, es al mismo tiempo soberanamente frívolo y pasmosamente crédulo.

Por un singular contraste de las cosas, el siglo de la razón ha producido generaciones de hombres especialmente entregados á las alucinaciones de los sentidos.

Esto es, á las supercherías de los ojos, á las adu-
laciones de los oídos, á los recreos imaginarios del
olfato, á las engañifas del paladar y á las embuste-
rias del tacto; en una palabra: á todas las mentiro-
sas apariencias de la sensualidad.

Ahora bien: yo hago un razonamiento descon-
solador, y digo:

Si las delicias que gozamos son falsas, nuestra
felicidad no puede ser verdadera.

No obstante, parecemos dichosos, porque hemos
refinado y multiplicado los placeres, y los placeres
son las apariencias de nuestra dicha.

Parecemos dichosos, y hemos llegado á creer
que lo somos, porque al fin, sea como quiera,
nuestra ambición es bastante razonable; se conten-
ta con las apariencias.

Acaso—perdonad este arranque de sensiblería—
acaso, digo, no hay más felicidad positiva en la
tierra que aquella dulce satisfacción que nos pro-
porcionan los tiernos sentimientos; mas ¿quién
cree ya en semejante cosa?

Es indudable que la dicha no está vinculada
en la riqueza; no consiste en la refinada comodidad
de los muebles que nos rodean, ni en lo exquisito
de los platos que se sirven en nuestra mesa, ni en
el delicioso *comfort* de nuestra casa: la envidia y la
codicia se equivocan grandemente si por estas apa-
riencias de dicha creen que la felicidad ha de andar
en coche.

Todo eso será un placer ó muchos placeres;
mas lo triste del caso es que ya no nos es posible
prescindir de ellos: despojados por un momento
de esas apariencias de dicha que poseemos ó que
ambicionamos, y no sabremos vivir, no encontra-
remos en nuestro corazón la deliciosa compañía de
los bellos sentimientos, y huiremos atribulados de
sus espantosas soledades.

Y no hablo con los que, dejándose arrastrar
por el torbellino del mundo, se agitan incesante-
mente movidos por la imperiosa inquietud de las
disipaciones; ellos saben perfectamente que necesi-
tan aturdirse para no desesperarse: me dirijo más
bien á esos corazones en los que parece que la Pro-
videncia ha grabado más fuertemente el sello de los
sentimientos delicados.

No es objeto de mi observación la sociedad loca
y corrompida, sino la familia juiciosa y honrada; no
voy á buscar el poder de las engañosas apariencias
en la escena tumultuosa del mundo ni en el vértigo
ciego de los brillantes placeres, sino en el rincón
apartado del hogar doméstico, pacífico y modesto.

Los personajes que distingo en la tranquila obs-
curidad de esta vida íntima son dos: una madre y
una hija; dos corazones unidos por el doble vínculo
de la naturaleza y del amor.

Una madre y una hija, es decir, dos capítulos
de una misma historia, una vida que se empalma á
otra vida, la vida que acaba y la vida que empieza;

la juventud, que retoña á la sombra de la ancianidad; todas las esperanzas del mundo, que florecen al lado mismo de todos los desengaños; la mañana que amanece y la tarde que cae.

La felicidad llama á la puerta de esta casa, bajo el aspecto de un joven que lleva en su pensamiento la imagen bella ó graciosa de la hija.

Muy bien: es un vecino que tiene la cabeza llena de ilusiones y el corazón lleno de ternura. Se ha empeñado en que la felicidad está allí, á dos pasos, junto á él, pared por medio, y que sólo con tender la mano puede cogerla.

Y no se crea que es una felicidad pasajera, fugitiva, dudosa, no; lo sabe perfectamente, le consta, la siente en todo su ser: es una felicidad cierta, segura, permanente.... ¡Friolera! Es nada menos que la felicidad de toda su vida.

Porque es el caso que los ojos azules de la vecina han despertado en su alma el más vivo sentimiento, y, quieras que no quieras, aquella mirada azul como un día que amanece, es el anuncio misterioso del cielo que le espera.

La vecina, por lo visto, está en el secreto; oye llamar, y baja los ojos, y sus mejillas se cubren con toda la púrpura de las rosas de Mayo.

La madre pregunta:

—¿Quién llama?

La hija pronuncia un nombre....: Juan, Miguel, Antonio, Francisco....; un nombre cualquiera, con tal que sea el nombre del vecino.

—¿Qué quiere?

—Quiere mi corazón.

—¿Y qué trae?

—Trae el suyo.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van á decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un joven sano, robusto, que trabaja, que interesa, que es digno de ser querido; es ciertamente una esperanza de felicidad; pero, ¡quién sabe!, la vida es cara y los tiempos son malos.... El amor es, sin duda alguna, risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!.... Sí; su corazón es hermoso....; mas....; su fortuna es tan escasa!....

—Hija mía (dice la madre): yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primer joven que pasa por la calle.... Tienes aún pocos años; dicen que eres hermosa, y todavía puedes esperar.... No te abandones á los impulsos de tu corazón. Estás acostumbrada al regalo y á las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlos. No te fíes de las vanas apariencias con que sonría á tus deseos la perspectiva de una dicha tan dudosa.

Son tan juiciosas estas reflexiones, que la hija no tiene nada que replicar á ellas, y, bajando la cabeza, suspira y espera, exclamando interiormente:

—¡Oh! ¡Si le cayera la lotería!....

Vive allí cerca un hombre, que estará al cumplir los sesenta años. Hasta entonces ha sido un ser obscuro, indiferente, insignificante; pero empiezan á brillar sus ignoradas cualidades á la luz repentina de una herencia inesperada.

¡Oh, qué felicidad! Es rico.

Su casa es magnífica.... ¡Qué habitaciones! ¡Qué muebles!.... En su mesa se sirven los platos más exquisitos.... ¡Tiene coche!.... Las madres se hacen lenguas, las hijas todas son ojos.

Todos dicen :

«Ese hombre puede hacer feliz á cualquiera mujer.»

Y debe ser cierto, porque todas las bocas le sonríen, como si él fuera la felicidad misma.

Á la madre se le ha ocurrido también esta misma idea. Casa espléndida, muebles lujosos, mesa exquisita, ¡coche! ¿Acaso no es esa la felicidad? Vamos á ver : ¿hay otra?

Pues bien : la felicidad llama á la puerta de esta casa, bajo el aspecto de un pobre viejo que lleva en el fondo de su bolsillo una fortuna.

La madre pregunta :

—¿Quién llama?

La hija contesta :

—El vecino.

—¿Cuál?

—El rico.

—¿Qué quiere?

—Quiere mi mano.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van á decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un hombre viejo...., y, ¡es claro!, achacoso; es verdad que no posee los encantos de la juventud, y que no puede inspirar una pasión tierna. Ciertamente, no es á propósito para ser el héroe de una novela amorosa; pero ¡ah!....; la vida es cara y los tiempos son malos: el amor es, sin duda alguna, muy risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!....

—Hija mía (dice la madre): yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primero que pasa por la calle. Ya tienes edad para pensar juiciosamente; dicen que eres hermosa, y bien mereces la fortuna que viene á buscarte. Estás acostumbrada al regalo y á las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlas.... No te fíes de las vanas apariencias con que sonríe á tus deseos la perspectiva de una felicidad dudosa, y piensa que se te ofrecen las realidades de una dicha segura.

Tan razonables reflexiones no tienen réplica en el mundo, y la hija no encuentra nada que oponer á ellas. Baja la cabeza, suspira, y exclama interiormente :

—¡Oh! ¡Si fuera el otro!

De esta manera, las apariencias engañan hasta los corazones de las madres.

Porque es preciso fijar bien el punto de esta cuestión.

La felicidad humana, ¿se encierra verdaderamente en las suntuosas paredes de una casa espléndida, en las refinadas comodidades de un mueblaje lujoso y en la indolente delicia que nos proporciona la flexible cadencia del coche en que arrastramos nuestras vanidades?

Francamente: la felicidad, ¿está en los ojos, en los oídos, en el olfato, en el paladar y en el tacto, esto es, en las groseras satisfacciones de los sentidos, ó tiene su noble asiento en el fondo del alma?

¿Es verdad que, como Esaú, hemos vendido la primogenitura de nuestro excelso origen por un miserable plato de lentejas?

Hará muy bien el lector en reirse del énfasis de esas interrogaciones. Yo también me río de ellas. Porque preciso es que nos desengañemos: el corazón no ha sabido nunca más que darnos sentimientos, mientras los sentidos nos llenan la vida de placeres.

Dicen los espíritus austeros, y han llegado á creerlo las conciencias piadosas, que el alma humana encuentra la felicidad verdadera en los sufrimientos y en las penalidades; y para demostrarlo sacan á relucir la grandeza de los héroes, la paz de los Santos y la gloria de los mártires; pero he aquí que nuestra generación no abunda en héroes, ni en Santos, ni en mártires.

Nuestras *bienaventuranças* son más sencillas: están reducidas á esta única frase:

«Beato el que posee.»

Un hombre de Estado, célebre, hallándose en el poder, fué advertido de que uno de sus amigos políticos se disponía á impugnar una ley importante que iba á discutirse.

—¡Oh! (exclamó.) ¿Qué quiere ese hombre? Es director general, tiene dos grandes cruces, disfruta cincuenta mil reales de sueldo, se le da casa, se le da coche....: ¿por qué, pues, está descontento?....

Y tenía razón. ¿Qué apariencia faltaba á su felicidad?

¿Qué placer faltaba á su dicha?

Podremos vivir inquietos, agitados; podremos ser infelices en el fondo de nuestra conciencia; pero es una inquietud caprichosa, una agitación absurda, una infelicidad insensata, porque nos rodean todas las apariencias de la dicha. ¿Qué placer falta á la fantástica satisfacción de nuestros sentidos?

Las apariencias son muchas veces la falsificación de las cosas.

¿No sabéis que las lágrimas son con frecuencia la expresión inefable de un gozo inmenso?

Pero ¡ah! ¡Los placeres! He ahí las brillantes apariencias de nuestras voluptuosas desdichas.

